

Inacabado

JUAN CRUZ RUIZ

Es impresionante este libro inacabado de Carlos Salvador.

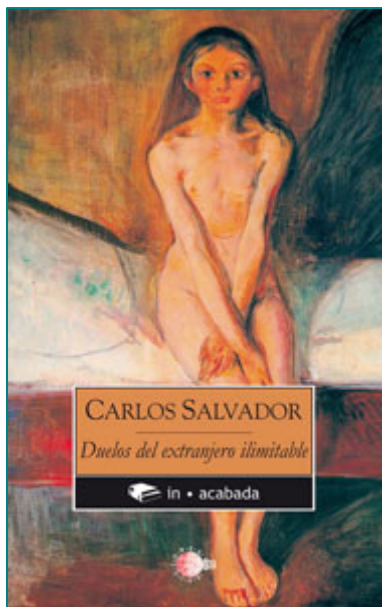
Había en él ese germen de escritor ya lanzado a la vorágine de las más poderosas metáforas, y ya el primer verso de su impresionante poemario nos pone sobre aviso de la aventura que el poeta siempre adivina mientras escribe, sueña o piensa.

Manuel Vázquez Montalbán, a quién él amó, era un poeta de esas poderosísimas sugerencias de la historia del futuro; imaginó, por ejemplo, el futuro del sentimiento de su propia ciudad, Barcelona, y dejó escrita, incluso, en un poema ahora célebre la sensación de su propia muerte futura.

Otro poeta canario, Félix Francisco Casanova, un poeta de mirada luminosa y de ojos azules, ingenuo hasta la santidad, dejó escritas también las premoniciones de la que sólo son capaces los soñadores y los inocentes. Y estaba aquel José Luis Hidalgo de los cincuenta, el autor premonitorio de *Los muertos*.

Y ahora viene este poemario *inacabado* de Carlos Salvador a sumarse a esa nómina en la que también estuvieron Rimbaud y hasta Jaime Gil de Biedma, el poeta que dijo salvarse “después de la muerte de Jaime Gil de Biedma”.

En estos versos de Carlos Salvador (“yo/ peor que muerto/ inacabado”) está ese germen tremendo que ya abre los ojos al resto del libro como si estuviéramos no sólo delante de unos poemas sino de una mirada otra vez límpida, desengañada antes de los engaños, poderosa, capaz de advertirnos de la evidencia de la soledad que padecemos sin verla.



Hay, en seguida, la entonación surrealista que es tan propia de los poetas de su tierra, la ironía con la que se ve a sí mismo y con la que ve a los otros; hay la cultura y el viaje, y hay la luz tenue de su propia autocrítica, la relación difícil pero sustancial con el aprendizaje y con el olvido de lo que ha de olvidarse para que el mundo sea más feliz, más complejo o más claro.

Carlos Salvador domina, con la exquisitez de los que son capaces de disfrazar la cultura con la sencillez de los aforismos, el poema breve, musical, terminante, y a caballo entre esa destreza y sus interrogantes construye –construyó, qué terrible es escribir en pasado—una personalidad poética que revela un hombre de múltiples posibilidades narrativas.

Juan Cueto, a quien seguro que él leyó en sus multiplicadas incursiones por las páginas de los diarios, dice que lo que ha de tener el hombre es la mirada llena de dudas, la mirada distraída; y esta de Carlos Salvador es una mirada distraída, llena de encanto y de risa.

Los poetas han de estar asombrándose siempre; aquellos que viven en la quietud de lo ya sabido no salen a pasear por el mundo, no aprenden ni aprehenden, están en su rincón, tocándose la barbilla como los pensadores viejos. Esta es la mirada distraída de una cabeza que no para de fijarse en todo lo que le viene, cultura y animación, seres y paisajes, palabras y sueños.

Hay multitud de referencias culturales y literarias –*Nunca llegarás a nada*, *El tambor de hojalata*, Kafka—que desvelan también la figura de un cronista de la realidad que se ha leído, pero está también el ciudadano comprometido con su entorno pero hay, sobre todo, el riesgo asumido por el que sabe que la ironía es la forma de comunicar el mundo: “Fritos o salazones/ inflan el aire de madrugada./ Yo, lector, la compro”.

Y está también la ternura. El padre, la madre. La dedicatoria. Los amores que vienen y van, la edad que parece imprescindible o imborrable, el ansia de vivir y también la locura de estar vivos o soñando. Carlos Salvador emprendió, con estos poemas, la lección de la vida; la asumió a veces quedamente y a veces a risotadas; como Ernesto Che Guevara, sabía que había que endurecerse sin dejar atrás, jamás, la ternura. Este es sólo el producto parcial de esa ingente humanidad que tuvo que desarrollar un hombre así, de tanto sentimiento y de tanta cultura humana, sentimental, humana.

“Lo oscuro de este innumerable toro helado/ que me acecha y muerden sus oxidados astros...” Leer este libro es acercarse a la luz de una voz insólita que, cerrado ya el volumen, sigue iluminando como esas velas a las que no apaga ni el atroz vendaval de los océanos. Porque es una vela y es también un océano.

- **Prólogo del libro “Duelos del extranjero ilimitable”**